FRANCISCO ARENAS GUERRA

EL GRAN PASO

COMEDIA LÍRICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

IGNACIO F. L. A. CASTILLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

EL GRAN PASO

EL GRAN PASO

COMEDIA LÍRICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

original de

FRANCISCO ARENAS GUERRA

música del maestro

IGNACIO F. L. A. CASTILLA

Estrenada con gran éxito en el TEATRO BARBIERI la noche del 30 de Diciembre de 1909

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

AL EXCMO. SEÑOR

D. Ricardo Shelly Castrillón

en prueba de afecto y gratitud.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSA........................	SRTA. DOMÍNGUEZ.
CARMEN........................	RODRÍGUEZ (R.)
DOÑA EUGENIA...............	SRA. RUIZ.
MARGARITA....................	SRTA. CARRERAS (P.)
UNA CRIADA...................	SRA. FERNÁNDEZ.
DON SANTIAGO................	SR. HERNÁNDEZ.
RICARDO........................	GOTÓS.
MANOLO.........................	LÓPEZ.
DON MATÍAS....................	GALERÓN.
SEÑOR ANDRÉS................	SALVADOR.
MIL-HOMBRES..................	POVEDANO.
EL JUEZ........................	GALIANA.
UN CRIADO.....................	MÁS.

Coro general de aceituneros y gente del pueblo

La acción, contemporánea, ocurre en un pueblo de Andalucía

Las indicaciones se refieren al lado del actor



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una hacienda de olivar. Al foro, la sierra con plantaciones de olivos. A la izquierda, caserío de rico aspecto con puerta practicable. Es la casa que habitan los dueños de la finca. A la derecha, ocupando dos ó tres términos, fachada de otro caserío con varias puertas y una ventana, suponiéndose que lo habitan los criados. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MANOLITO y CARMEN; ésta en la ventana de la derecha. Manolito es el hijo de don Santiago, el dueño de la finca y Carmen la hija de don Andrés, mayordomo de campo del olivar. CORO de aceituneros.

Música

CAR. Tus palabras consuelan
mi triste suerte.
MAN. Te juro que no puedo
vivir sin verte.
Tu cariño es mi vida,
es mi sola ilusión,
por ti sólo palpita
mi corazón.

CORO (Dentro.)

Ya hemos comido,
vamos al tajo
y seguiremos
nuestra labor,
que esta es la suerte
y este el destino
que sigue el pobre
trabajador.

(Salen y cruzan la escena de izquierda á derecha.)

Vamos al tajo,
vamos allá,
á las faenas
del olivar.

(Viendo á Carmen y á Manolo.)

¡Manolito en la reja
con Carmencilla!
¡Como el padre se entere,
pobre chiquilla!
No les deja quererse;
va á dar lugar,
á que jagan alguna
barbaridad.
Vámonos, compañeros,
hacia los olivares,
que ya esperan el fruto
en los lagares.
Muele, molino, muele,
las aceitunas,
que tu rueda es la rueda
de la fortuna. (Vanse.)

CAR. Yo te juro que siempre
á tu lao estaré,
y en ti solo pensando
nunca te olvidaré.

CORO (Dentro, alejándose.)

Muele, molino, muele, etc.

Hablado

MAN. Ya lo sabes, Carmela. Decídete, que de ello depende tu felicidad y la mía.

CAR. Pero...

MAN. ¿Estarás á las diez en el Pilar?

CAR. ¡Manolo!

MAN. Allí, junto á la higuera loca que oyó mis primeras palabras de cariño, mi jaca alazana te aguarda aparejá con caireles de seda; y yo en ella esperando á mi Carmeliya pa arrancarla de este cortijo mardesío donde nadie nos quiere y llevármela al úrtimo rincón der mundo pa hacerla dichosa... ¡Qué!... ¿Irás?

CAR. Iré...

MAN. ¡Bendita sea tu boca!

CAR. ¡De ti me fío!

MAN. Y no te pesará. Si hoy mi padre quiere poner entre nosotros un abismo, yo saltaré por encima de to. ¡Aquí es el corazon el que manda, Carmela mía!... Vámonos, vámonos de aquí, y seamos felices un día, una hora, un minuto.

CAR. Pero... ¿y después?

MAN. Después será lo que Dios quiera. Si mi padre sigue oponiéndose, tendrá que matarme, porque no habrá fuerza humana que me separe de ti.

CAR. ¡Ni á mí poder en el mundo que me arranque de tu lao!

MAN. ¿Quedamos en?...

CAR. ¡En que á las diez estaré en el Pilar!

MAN. ¿Por tu salú?

CAR. ¡Y por la tuya, Manolo mío!

MAN. (Escuchando.) ¡A ver!...

CAR. (Temerosa.) ¿Qué?

MAN. Ya mi padre se ha levantao.

CAR. Pues adiós.

MAN. ¿A las diez?...

CAR. ¡A las diez! (Se va de la ventana y cierra.)

MAN. ¡Es una rosa de Mayo y si tuviera cien vidas, cien vidas serían pa ti, Carmeliya mía! (Vase foro derecha.)

ESCENA II

DOÑA EUGENIA y DON SANTIAGO, por la izquierda, saliendo de la casería. Son los padres de Manolo y dueños del olivar. Tienen tipos de ricos hacendados.

EUG. Sal; sal aquí, que no quiero que nos oigan los criados.

SANT. Ya me figuro lo que vas á hablarme.

EUG. Mejor. Así nos ahorraremos la mitad de la plática.

SANT. ¿A que es cosa de nuestros hijos?

EUG. ¡Lo has acertado!

SANT. ¡Rosita!...

EUG. Rosita es muy mala.

SANT. No, mala no. Es una tonta y na más que eso.. Un pajarillo loco que vuela de acá pa allá y que...

EUG. Pues á ese pajarillo loco hay que enjaularlo.

SANT. ¡Sí! .. ¡Si no hay otro remedio!...

EUG. No lo hay. Y con eso la salvamos, porque ya hay gavilanes á la vista, Santiago.

SANT. ¡Ya lo sé!

EUG. ¡Ah!... ¿Lo sabes y te estás con esa calma dejando volar al pájaro?

SANT. ¿Y que voy á hacer, mujer? Ya, ya he reparao en lo del ingeniero... ¡Y en qué persona ha ido á poner los ojos la niña!...

EUG. ¡En un impío!

SANT. ¡En un renegao!

EUG. ¡En un apóstata que en los seis meses que lleva aquí no ha saludado una sola vez al señor cura!

SANT. Todo eso podría dispensársele, hasta cierto punto. Pero lo intolerable es que, desde que está aquí, tiene revueltos á los de arriba y á los de abajo con sus teorías de libertad y de fraternidad y con sus discursos en el círculo de los republicanos.

EUG. ¡Eso es inaguantable!

SANT. ¡Figúrate! Dos meses más de propaganda, y

adiós elecciones y adiós mi influencia y mi poder en el pueblo.

EUG. Ya hay quien te critica en público y quien te llama cacique.

SANT. Pues todo eso se va á acabar.

EUG. ¿Cómo?

SANT. Despidiéndolo. Hoy mismo suspendo las obras de la fábrica y lo envío á Madrid.

EUG. ¡Eso!... ¡Eso!... ¡Y á nuestra hija!...

SANT. La amenazaremos y la encerraremos hasta que se le quite el ingenierillo ese de la cabeza. Y si se pone descoloría, si se rebela...

EUG. ¿Qué... qué?

SANT. Pues al convento de las madres carmelitas con ella.

EUG. ¡Admirable!... ¡Eres una lumbrera, Santiago!

SANT. ¿Te gusta el plan, eh?

EUG. ¿Y respecto á Manolo?... ¿No sabes que?...

SANT. ¡Yo lo sé to! Ya he visto que al niño lo están cazando con red entre mi mayordomo y su hija, esa perdularia de Carmela que más le valdría estar recogiendo aceitunas, que no engriendo ar muchacho. Pero, va se ve; él es rico, y el cárculo está bien hecho. Ahí tienes tú por qué el padre y la hija le hacen melindres pa que el niño se entregue. Pero... ¡no les valdrá! ¡Yo te juro que no les valdrá!

EUG. ¿Estás en eso? ¿Vas á hacer con Andrés lo mismo que con el ingeniero?

SANT. Lo mismo ó casi lo mismo, porque hoy sin falta le despido del cortijo y lo mando al monte á vé si encuentra allí entre los cabreros un buen novio pa su hija. ¿Qué?. . ¿Estoy acertao?

EUG. ¡Acertadísimo! Estás que no parece sino que te ha inspirado esas resoluciones el bendito San Jerónimo.

ESCENA III

DICHOS y DON MATÍAS. Es el alcalde del pueblo, hombre tosco y ridículo. Su indumentaria es de labriego. Como casi todos los perso-

najes de la obra, habla con acento andaluz, pero muy basto y ceceando mucho. Entra por el foro izquierda momentos antes de terminar el anterior diálogo

MAT. ¡Güenos días, zeñores!
EUG. ¡Hola, hombre!...
SANT. Dios te los dé muy buenos, Matías.
EUG. ¿Y Teresa?
MAT. Güena está.
SANT. ¿Qué te trae por aquí?
MAT. ¡Un azunto mu zerio!
SANT. ¿Qué pasa?
EUG. ¿Ha ocurrido algo en el pueblo?
MAT. Ar zecretario del Ayuntamiento que le acabo de dá una jofetá.
SANT. ¿Tú?
MAT. ¡Mis manos!
EUG. Pero... ¿por qué?
MAT. Porque de mí no se pitorrea naide.
SANT. Explícate, hombre.
MAT. Me explicaré. Ya tú zabe que yo no quería sé arcarde, y que tú me jiciste que lo fuera.
SANT. Bueno, ¿y qué?
MAT. Y ya tú zabe que pa zerlo me jiciste que puziera tó los bienes á nombre de mi yerno, pa que yo me queara dizorvente.
SANT. Pero... ¿qué tiene eso que ver con la bofetá del secretario?
MAT. Zí tiene que vé, porque es recordarte tóos mis zacrificios por zervirte, pa que tú me zirvas ahora.
SANT. ¿Y qué quieres?
MAT. Ezo; que espaches ar zecretario.
SANT. ¿Por qué?
MAT. O lo espachas ó me voy yo del Ayuntamiento.
SANT. Bueno, hombre, pero explícate.
EUG. ¡Justo! Explíquese usted.
MAT. Veréis lo que ha pazao. Esta mañana vino er mozito eze y me dijo: «Estos esperdientes tié uzté que firmalos; aquí media firma y aquí entera.» Y se puso á leé un periódico. Cojo la pluma, y donde me dijo que media firma puze la mitá der nombre, la mitá del

apellío y la mitá der garabato. Y como yo me llamo Matías Montes, po rezurtó que la media firma decía «Ma-món» Se fijó el hombre y armó la juerga padre. Tóos los escribientes estaban negros de riza y ér lo mismo. Pèro yo, negro también de acharao, le dí una jofetá que le hize meté la cabeza en una papelera. Me salí de allí, amonté en el burro y aquí me tienes pa conzurtarte er cazo y pa que dejes cezante ar zecretario.

SANT. ¡Vaya por Dios! Bueno; tó se arreglará, tranquilízate.

MAT. No hay más arreglo sino que lo jechen á patás del Ayuntamiento. ¡O er zecretario ó yo!

SANT. ¡Tú, hombre!... Siempre tú el primero.

EUG. ¡Qué duda cabe!

SANT. ¡No faltaba más! Vente, vente conmigo y hablaremos despacio de ese y de otros asuntos.

MAT. ¿Aónde vamos?

SANT. A la fábrica.

MAT. Pos andando. Hasta luego, Ugenia.

EUG. Vaya usté con Dios... (Vanse Santiago y Matías por el foro derecha.) ¡Qué hombre!... Si no fuera tan servicial y tan obediente, sería cosa de quitarle la vara de alcalde y darle con ella en la cabeza. (Va á dirigirse á su casa.)

ESCENA IV

EUGENIA. ROSITA saliendo del caserío de la izquierda. Después MANOLO

ROSA ¿Qué? ¿Se marchó papá?

EUG. ¡Sí! Ha ido á la fábrica con el alcalde.

ROSA ¿Tan temprano aquí don Matías?

EUG. Sí, es muy madrugador. Y... ¿no sabes lo que ocurre, hija mía?

ROSA ¡No, no sé! ¿Ha hecho alguna de las suyas la primera autoridad del pueblo?

EUG. No se trata del alcalde.

ROSA ¿Pues qué pasa?

EUG. Qué... (Ahora verás.) Que tu padre ha decidido suspender la instalación de la maquinaria en la fábrica y que, hoy mismo, despide al señor ingeniero.

ROSA ¡Que le despide!... ¡A Ricardo!...

EUG. Sí; á... á don Ricardo, que esta tarde se marchará á Madrid.

ROSA ¡¡A Madrid!!

EUG. Y que tardará en volver, porque según dice tu padre no hay por ahora ninguna maquinaria descompuesta.

ROSA (¡Dios mío! ¡Se va!... ¡Qué desgraciada soy!)

EUG. (¡Ya tiene la píldora en el cuerpo. Las malas noticias, ó de pronto ó no darlas. ¿A qué vamos á andar con rodeos?)

ROSA. Perc... ¿es que estorba aquí... ese señor?

EUG. Pues sí que estorba... ¿Para qué te voy á engañar? Es un hereje, un impío y un perturbador. Ya sé que á ti te hace carantoñas, pero, hija mía, lo primero aquí es la paz del pueblo y la tranquilidad de tu casa. Haz por olvidar á ese ingenierillo y...

ROSA ¿Olvidarle? ¡Nunca!

EUG. Pues peor para ti.

ROSA ¡Pero eso es inicuo!

EUG. Eso es lo que ha ordenado tu padre, que es el que manda aquí.

ROSA (¡Será inútil! ¡Es el dueño de mi alma!) (Llora.)

MAN. (Por el foro derecha y preguntando á Eugenia al ver llorar a Rosa.) ¿Qué es eso?... ¿Por qué llora mi hermana?

EUG. Porque es muy sensible y muy cursi. Y á tiempo llegas. Ven, que tenemos que hablar. ¡Allá veremos si lloras tú también!

MAN. ¿Quién, yo? Me parece que no. Yo tengo el corazón muy grande.

EUG. ¡Ahora lo veremos! Entra en casa. (Vase por la izquierda.)

MAN. (Me figuro lo que ocurre aquí, pero...) (A Rosa.) No llores, hermana mía. Sé lo que te pasa. ¡Animo, y ten confianza en mí y en él! (Vase tras su madre.)

ESCENA V

ROSA, luego RICARDO

ROSA ¡Cómo!... ¡Que tenga confianza en mi hermano y en Ricardo! ¡Y de qué servirá tener confianza en ellos si los que pueden han resuelto destrozarme el corazón!

Música

ROSA
Da á mis tristezas consuelo,
ángel que guardas mi amor
y sosiega desde el cielo
mi angustiado corazón. (Llora.)

RIC. (Sale y sorprende á Rosa llorando.)
¡Rosa!

ROSA
¡Ricardo!

RIC.
¿Por que estás así?
¿Por qué yo tus quejas
de dolor oí?

ROSA
¡Ay, Ricardo de mi alma,
en mi pobre corazón
solo reinan desde ahora
la tristeza y el dolor!

RIC.
¿Qué dices, Rosa del alma?
No existe nada en el mundo
capaz de oponer su fuerza
á este amor que es tan profundo.

ROSA
Mis padres se oponen
á que realicemos
nuestros venturosos
ensueños de amor,
y quieren que el tiempo
engendre el olvido,
borrando tu imagen
de mi corazón.

RIC.
Inútil empeño
tus padres persiguen;
no habrá quien tu imagen
aparte de mí,

Por ti vivo y lucho,
por ti solo sueño,
por ti si es preciso
sabré hasta morir.

Dúo

Aunque el mundo entero
á ver se negara
nuestros venturosos
ensueños de amor,
serás, alma mía,
mi vida, mi anhelo,
la sola esperanza
de mi corazón.

Hablado

ROSA — Sí, Ricardo. Prefiero cien veces la muerte al temor horrible de vivir separada de ti.

RIC. — Cálmate. Yo te aseguro que ese no llegará á realizarse.

ROSA — ¿Y si mis padres insisten?

RIC. — Nuestro cariño arrollará todos los obstáculos.

ROSA — ¿Venceremos?

RIC. — Sí. Venceremos si no desmayas, si no retrocedes.

ROSA — ¿Retroceder? ¡Nunca!

RIC. — Pues nuestro es el porvenir. Siempre el triunfo fué el galardón de las almas fuertes, y en esta contienda de violencias, en esta lucha de lo mezquino contra lo noble y lo grande, nuestra pasión será la vencedora.

ROSA — ¿Y los medios?

RIC. — Serán dignos de ti y de mí, y tan honrados como nuestras intenciones.

ROSA — ¿Es cierto, Ricardo mío?

RIC. — Cierto. Te lo juro por la santa memoria de mis padres.

ESCENA VI

DICHOS, DON SANTIAGO y DON MATÍAS por el foro derecha

MAT. (Viendo á los dos que están en primer término.) ¡A propósito! ¡Mialos allí á los dos tortolitos arrullándoze!

SANT. Pues ahora mismo van á acabarse esos arrullos pa siempre... ¡Rosa!...

ROSA ¡Ah!... ¡Papá!

RIC. (¡El enemigo!)

SANT. Vete á casa... Tú, Matías, acompáñala.

MAT. Vamos allá.

ROSA (¡Dios mío! ¡Van á quedarse solos!) (Aparte á Ricardo al pasar cerca de él.) ¡Ricardo mío!

RIC. (Aparte á ella.) ¡Confía en mí! (Vase Rosa seguida de Matías.)

ESCENA VII

RICARDO y SANTIAGO

SANT. (¡Ahora verá este quién soy yo!)

RIC. (Creo que empieza la batalla.)

SANT. Amigo... don Ricardo. Tenemos que hablar.

RIC. Diga usted.

SANT. Poca cosa. Por convenir á mis intereses, he decidido suspender las obras en la fábrica. Hágame usted el favor de presentarme hoy mismo la liquidación de gastos, para abonársela inmediatamente y dar por terminado el trabajo que contratamos en Madrid y para el cual vino usted á mi casa.

RIC. Yo no puedo presentar á usted liquidación alguna, ínterin las obras no estén terminadas y la industria en explotación. Así se expresa en nuestro contrato.

SANT. Ese contrato es preciso rescindirlo.

RIC. Me allano á ello porque me constan los móviles que á usted le impulsan.

SANT. Pues, entonces, ahorrémonos explicaciones.

Esta misma tarde puede usted salir para Madrid.

RIC. De su casa saldré ahora mismo, pero para elegir el sitio á donde deba dirigirme, no creo que tenga usted derecho.

SANT. Pero lo tengo para impedir los propósitos de usted, que conozco; y como estoy dispuesto á hacer uso de él con todo rigor, nada conseguirá usté quedándose en el pueblo: yo se lo aseguro.

RIC. Ante todo, exijo á usted explicaciones de sus palabras y de su resolución. ¿Qué concepto le merezco á usted?

SANT. El de todo hombre de honor.

RIC. ¡Entonces!...

SANT. No insista usted. Sus creencias políticas y su indiferencia en materias religiosas, abren un abismo entre nosotros.

RIC. Sobre ese abismo, que no crea usted es tan ancho ni tan hondo, pueden tender un puente ciertos afectos y ciertos amores.

SANT. Perdone usté. El amor es ajeno á esta cuestión; y los puentes—y eso debe saberlo un ingeniero—no los ha tendido nunca el afecto amoroso, sino el cálculo numérico.

RIC. (¡Ah! ¡miserable!)

SANT. (¡Anda!... ¡Vente con retóricas!)

RIC. Perfectamente. Ya procuraré demostrarle á usted que soy tan experto en ingeniería como en materias de amor, y..., ¡desgraciado aquel que no aproveche las lecciones! Beso á usted la mano. (Vase foro derecha.)

SANT. ¡Y me amenaza!... ¡Bah!... ¡Ladridos á la luna!... Aquí se hará mi voluntad pese á quien pese.

ESCENA VIII

SANTIAGO y ANDRÉS, por el foro izquierda

AND. Mu güenos días, señorito.

SANT. (¡El otro!... ¡Pues que ni de encargo llega el hombre!) Dios te guarde, Andrés. Precisa-

mente iba ahora á llamarte para hablar contigo de un asunto.

AND. Usté dirá, on Santiago. ¿Qué es?

SANT. Pues que desde este momento cesan tus servicios en mi casa y que mañana mismo necesito desalojado el cortijo.

AND. ¡Señorito!

SANT. Lo que oyes.

AND. ¿Y se pué sabé á qué es debío esa determinación?

SANT. Debieras comprenderlo.

AND. ¿He fartao en argo?

SANT. Sí. Hace tiempo has debido impedir que tu niña sostenga relaciones con mi hijo.

AND. ¡Señorito!... Yo he jecho lo que he podío pa impedilo.

SANT. Tú lo que estás haciendo es cazando á mi hijo como el gato al ratón.

AND. ¡Señorito!... ¡No me insurte usté!

SANT. Y la habilidosa de tu hija, sacando de quicio al muchacho para enredarle.

AND. ¡Mi hija no es capaz de eso!

SANT. ¡Y de mucho más!

AND. ¿Qué dise usté?

SANT. ¡Lo que oyes! ¡Fuera de mi casa!

AND. ¡Me iré! Pero ya que se ha atrevío usté á insurtarme, me va usté á oir dos palabras. Mi hija no es digna de su hijo de usté, estamos conformes. Se merese argo más, porque su pare, los cuatro cuartos que tiene los ha ganao con el sudor de su frente; y usté, to er mundo sabe cómo ha juntao los muchos miles que posee.

SANT. ¡Quítate de mi vista ó te extrangulo!

AND. ¡No me eche usté bravatas porque no me asustan!... Los señoritos como usté no son valientes na más que pa insurtá. Cuando se encuentran frente á un hombre, se ponen más blanco que la sera y tiemblan de soberbia porque el veneno les corre por el cuerpo y la sangre se les yela.

SANT. (Llamando.) ¡Matías! ¡Eugenia! ¡Manolo! ¡Aquí todo el mundo!

AND. ¡Qué való tiene este hombre!

SANT. ¡Que echen del cortijo á ese canalla!

AND. ¡No es menesté que nadie me eche! ¡Yo me iré solo!

ESCENA IX

DICHOS, CARMEN que sale primera derecha. EUGENIA, MANOLO, ROSA y DON MATÍAS por la izquierda

CAR. ¿Qué ocurre, papá?

AND. Naa, hija mía.

EUG. ¿Qué pasa, Santiago?

MAT.
MAN. } ¿Pero qué es esto?

ROSA ¿Qué gritos eran esos?

SANT. ¡Quitad á ese hombre de mi vista!

AND. Er señorito se ha creío que porque es el amo podía pisoteá mi honradez y la tuya, hija mía. (La abraza.) ¡Sí! ¡Vámonos de aquí ar cortijo del señor Juan mi compadre, y mañana, en cuanto amanezca, al pueblo.

CAR. (¡Virgen mía, ampárame!)

SANT. ¡Lejos de mi casa, desagradecido!

AND. No se apure usté, señorito, que me iré mu lejos, mu lejos, porque si me queo cerca... si me queo cerca no me voy á podé contené y le voy á arrancá á arguno la lengua. ¡Vámonos, hija mía! (Se van por el foro.)

SANT. (Sujeto por su esposa.) ¡Dejadme!... ¡Yo castigaré su atrevimiento!

ROSA ¡Por Dios, papá!

MAN. ¡A casa!... ¡Vamos á casa!

EUG. ¡Santiago, tranquilízate!

MAT. ¡Descudie usté, que yo daré orden á la fuerza pública pa que prendan á eze zinvergüenza!

SANT. ¡Que lo prendan y lo aten codo con codo!... Ahora mismo voy á darte unas letras para el juez, y... ya verá ese si conmigo se juega.

ROSA Pero papá... repara...

SANT. ¡Silencio!... Entra en casa, mala hija. (Rosa obedece.) Y tú, (Por Manolo.) ven á escribir esa carta. (Entran en la casa.)

ESCENA X

E JGENIA y DON MATÍAS

EUG. ¡Cómo se ha puesto!

MAT. ¡Y de to tiene la curpa ese granuja!

EUG. ¡Y parecía tan bueno!

MAT. ¡Zí, zí! Ahora me lo explico to... Eze tan güeno era también de... de los que iban ar centro de los republicanos.

EUG. ¡Cómo!... ¿Y por qué no nos lo ha dicho usted antes?

MAT. Porque hasta ayé no zupe que ha entrao dos veces na más, y ezo engreío por el ingeniero de Madrid que ha venío aquí á zobrezartá ar pueblo.

EUG. Pero... ¿se cerró ese maldito centro, eh?

MAT. Anoche mismo, y ar prezidente ó cabecilla ze le dió una paliza que ya tiene pa rascarze un mes. ¡Lo que es eze no güerve á abrí más centro de republicanos!

EUG. ¡Hay que combatirlos sin descanso!

MAT. Yo como arcarde hago lo que pueo.

EUG. ¿Qué hay del padrón de la Beneficencia?

MAT. ¡Que he mandao que borren á los mal cazaos, á los der centro, y á los der campo que dejan de dí á ia miza del arba los domingos!

EUG. ¡Muy bien!

MAT. Usté descudie, que yo no los dejo rezollá.

EUG. ¡Ah! Necesitamos un puesto en el Ayuntamiento para colocar á un recomendado del señor cura.

MAT. Dejaremos cezante á arguno.

EUG. Bueno. Y extienda usté en blanco dos nombramientos de municipales que me hacen falta.

MAT. Mañana los traeré.

EUG. No; los necesito hoy mismo.

MAT. Está bien. Hoy mesmo venirán. (¡Lo cierto es que aquí el verdadero arcarde es esta zeñora!)

ESCENA XI

DICHOS y DON SANTIAGO

SANT. Toma. Aquí está la carta para el juez.

MAT. Venga.

SANT. Ahí llevas instrucciones mías. Vete en seguida.

MAT. Ahora mismo.

EUG. No se olvide de los nombramientos.

MAT. ¡No, zeñora!

EUG. Ni lo del padrón de pobres.

MAT. ¡No, zeñora!

SANT. ¡Ah! Que se haga la transferencia para pagar las cuentas de empedrado.

MAT. ¡Zi no ze ha empedrao na este año!

SANT. No importa. Tu lo haces y á callar.

MAT. ¡Güeno, güeno! Po hasta la tarde, zeñores.

EUG. Vaya usté con Dios.

SANT. Adiós, Matías.

MAT. (Yéndose y enumerando los encargos para no olvidarlos.) De manera que zon: el padrón de pobres, los nombramientos de los municipales, er jué, lo del empedrao... ¡Po zeñó! ¡Pa arcarde no zerviré, pero lo que es pa mandaero! (Vase foro.)

ESCENA XII

EUGENIA, DON SANTIAGO, luego un CRIADO

SANT. ¡Qué dócil es este Matías!

EUG. ¿Y qué le dices al juez en la carta?

SANT. Que ordene la prisión y procese á Andrés, por haberme amenazado de muerte.

EUG. ¡Así! ¡Que no se escape de la justicia.

SANT. No se escapará, yo te lo aseguro.

CRIADO (Corriendo.) ¡Don Santiago! ¡Don Santiago!

SANT. ¿Qué ocurre?

EUG. ¿Qué traes?

CRIADO ¡Malas noticias!

SANT. ¡Cómo!...

CRIADO Sí, señó. Los trabajadores del olivar y los de la fábrica, soliviantaos por un cuento que les ha referío er señó André, se han declarao en juerga.

SANT. ¿Qué dices?

CRIADO Sí, señó, en juerga. Se pusieron furiosos y querían vení pa acá á prenderle fuego ar caserío.

EUG. ¡¡Jesús!!

SANT. ¡Avemaría!

CRIADO En esto, el ingeniero don Ricardo...

EUG. ¡Otro canalla!

CRIADO ¡No! Po ahora se ha portao bien, porque los ha contenío con un discurso... ¡Pero cuarquiera sabe lo que pué pasá dentro de media hora! Está la gente... ¡uy, cómo está de furiosa y de enrabiaíta contra usté!

SANT. Pero... ¿conmigo?

EUG. ¿Y por qué?

CRIADO Yo creo que no es hora de preguntá na, sino de largarse del cortijo no vayan á vení á hacé una barbaridad esos animales.

SANT. ¡Sí! ¡Tienes razón!.. ¡Al pueblo, al pueblo! (Llamando junto á la puerta) ¡Rosa!... ¡Manolo!... ¡Y á esos pillos ya los arreglaré yo!... Tú, á escape prepara bestias para todos.

CRIADO Bien, señorito.

SANT. Y por ahora tú te quedarás al cuidado de la finca. (Vase foro izquierda.) ¡No perdamos tiempo! Esa gentuza, sin freno y sin religión, puede amotinarse, y entonces...

EUG. ¡Qué contratiempo, San Cosme bendito!

ESCENA XIII

DICHOS, ROSITA y MANOLO

MAN. ¿Llamabas, papá?

ROSA ¿Ocurre algo?

SANT. Sí... Ocurren mil infamias procuradas por vosotros, por la desobediencia y el capricho de dos hijos perversos.

MAN. ¡Papá!
ROSA ¿Nosotros?
SANT. Silencio. Preparadlo todo que nos vamos al pueblo.
MAN. ¡Al pueblo! (¡Hoy no!)
SANT. Al pueblo, sí. Yo lo mando y basta.

ESCENA XIV

DICHOS y RICARDO foro derecha

RIC. ¡Señores!
EUG. ¡El!
SANT. ¡El ingeniero!
RIC. Dos palabras, en cumplimiento de un deber.
SANT. ¿Qué busca usted?
RIC. Nada busco. Vengo á decirle que en el olivar y en la fábrica los obreros...
SANT. Lo sé todo. Se han declarado en huelga, ¿no es eso?
RIC. No, señor. Han vuelto ya al trabajo convencidos por mí. Pero he de advertir á usted que la indignación está fermentando en el alma de esos hombres y que sus justas iras...
SANT. ¡Señor mío!
RIC. Y que sus justas iras, si no son aplacadas por actos de equidad, pueden producir un cataclismo.
SANT. ¡Indignidades de las clases bajas!
RIC. ¡Reivindicaciones legítimas de los oprimidos por las clases altas!... ¡Y ahora haga usted lo que quiera! (Medio mutis hacia el foro derecha.)

ESCENA XV

DICHOS y MARGARITA, una pobre mujer del pueblo que entra llorosa, suplicante y precipitadamente por el foro izquierda

MARG. ¡Señó!... ¡Señorita!... ¡Por Dió y por la Virgen der Carmen, señoritos!...
EUG. (¡La Margarita! ¡Otra endemoniada!)

MARG. ¡Que tengo á mi chiquitín muriéndose y á Genaro con calenturas! Me han dicho que ya ni irá más er méico ni me darán medisinas, y se van á morí si usté no lo remedia, señorita.

EUG. ¿Y qué quieres que yo haga?

MARG. Recomendarme al arcarde pa que no me borre del padrón y pa que me den los dos reales de socorro.

EUG. Yo no puedo hacer eso con quien vive con un hombre sin estar casados como Dios manda.

MARG. ¡Po nos casaremos, señorita! ¡Si pa nosotros es iguá!

EUG. Pues si es igual, cuando traigas la partida de la iglesia entonces gestionaremos el socorro y los medicamentos.

MARG. ¡Hasta entonces!... Pero, ¿y si tan y mientras se muere mi hijo? ¡Señorita! ¡Por cariá! ¡Haga usté una buena obra por mí!

EUG. No puedo hacer más que lo que te he dicho.

MARG. ¡Es que se están muriendo de hambre y de frío! ¡Como los perros, señorita, como los perros!

EUG. Pues paciencia, hija. Dios lo habrá dispuesto así y...

ROSA (Avanzando resueltamente hasta Margarita y despojándose de una cadena y reloj que llevará al cuello.) ¡Basta! Tome usted, buena mujer. Venda esa alhaja que es mía, solo mía, y alivie usted su situación, la de su marido ante Dios y la de ese pobrecito niño.

MARG. ¡Señorita!...

ROSA Venda ese reloj, que se lo pagarán bien porque es de oro.

RIC. (Muy emocianado, dirigiéndose á Rosa.) ¡De oro es tu corazón!

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Plaza ó calle de pueblo

ESCENA PRIMERA

MIL-HOMBRES, guardia municipal y CORO DE MUJERES del pueblo

Música

CORO
Del padrón de pobres
el alcalde manda
borrar al vecino
que á misa no vaya.
Eso es lo que dicen
por la población;
veremos si es cierto
leyendo el padrón.
(Aparece Mil-hombres por la izquierda.)
Aquí está Mil-hombres;
él debe saberlo.
Por algo le paga
el Ayuntamiento.
(Preguntándole.)
Diga usté si estamos
ó no en el padrón,
y por qué han tomado
tal resolución.

MIL.
La exclusión de vosotras,
si ha sido un hecho,
se arregla fácilmente
con un remedio.
Con un remedio mágico
y original,
que en un momento *histérico*
voy á explicar.

—

A la misa habéis faltado,
del padrón habéis salido,

pero para que os incluyan
escuchad lo que es preciso:
que digáis públicamente
por las calles y plazuelas
que es una persona digna...

CORO ¿El alcalde?

MIL. No; su suegra.
Con ese remedio
os perdonarán;
pero, por si acaso,
allá va otro más.

CORO Con ese remedio
nos perdonarán;
pero, por si acaso,
allá va otro más.

MIL. Con respeto y devoción
os pasáis por donde vive
nuestro padre el señor cura
que es un santo, según dicen.
Y con gran comedimiento
entabláis vuestra demanda,
pidiéndole que os proteja...

CORO ¿Quién, el cura?

MIL. No; su hermana.
Con este remedio
que no cuesta ná,
á todas vosotras
os perdonarán.

CORO Con este remedio
que no cuesta ná,
á todas nosotras
nos perdonarán. (Vase el Coro.)

ESCENA II

MIL-HOMBRES; luego, ANDRÉS

Hablado

MIL. ¡Me pasan á mí unas cosas!... Si no fuera por este talento tan grande que Dios me ha dao, ahora esas mujeres se pondrían furiosas y le morderían al arcarde. Pero como yo soy la

autoridá que lo ve to y lo prevée to, con un par de consejos las he desarmao y ya está otra vez restablecía la tranquiliá pública. ¡Y to por siete reales! ¡Pero por argo me disen á mí Mil-hombres y es porque jago mil cosas á la par! Ahora, por ejemplo, tengo que jasé to lo siguiente: Primero, no dejá entrá en er Juzgao ar señó André, que quiere presentá una querella contra el hijo de don Santiago por haber efectuao un rápeto con Carmensiya. Un rápeto es, dirse juntos y solitos y viví tres días con er serrojo echao, que fué lo que hizo er mosito con la hija der señó André. Eso me vale á mí tres pesetas de propina. Segundo: entregarle una carta ar señó ingeniero, de parte de la señorita Rosa. Eso, como es cuestión de secreto profesioná, lo menos me vale dos duros. Tercero: darle tres estacazos esta noche ar vicepresidente der centro de los republicanos. Por esto allá veremos lo que me dan, que no será poco. . y... ercétera, ercétera. (Mira hacia la derecha.) ¡Hombre!... ¡Ya viene ahí er señó André!

AND. ¡Veremos á ve si hoy pué sé!

MIL. ¿Aónde se camina, señó André?

AND. Ar Juzgao. Lo que es hoy no hay quien me impida á mí ver al juez en persona.

MIL. ¿Ar juez? ¡En seguía lo va usté á ve hoy!

AND. ¿Que no?

MIL. Imposible. Está enredao con una denuncia y unas declaraciones, y tié pa rato. ¡Güerva usté esta noche!

AND. Yo no me meneo de aquí jasta que lo vea. Hoy mismo le hablo de la denuncia y si no me jasen caso ni justicia, yo le juro á usté que me como las entrañas der que ha deshonrao á mi hija.

MIL. ¡Hombre, hombre!... ¡La cosa no es pa tanto!

AND. ¿Que no? ¿Y dice usté eso, usté que también tiene una hija?

MIL. ¡Lo digo porque como mi hija no se pué ve en ese caso!...

AND. ¡Dios le libre á usté!

MIL. ¡Le digo á usté que no, hombre! Mi hija no se pué ve nunca así.

AND. ¿Por qué?

MIL. Porque ya se ha visto... ¡Y no me enfadé tanto ni me puse nervioso ni na!... ¡Son cosas der mundo!... Y misté lo que son esas cosas... á usté, desde que Carmensilla se las guilló, le quitaron la mayordomía de campo en er cortijo, y á mí, por sé prudente y reservao, me hicieron desde entonces municipá.

AND. ¡Sí!... ¡Ya veo que hay gente pa tó!

MIL. (Mira á la izquierda.) (¡Josú!... ¡Ahí viene er Juez!... ¡Y éste aquí!...) (Cogiéndolo del brazo y llevándoselo.) ¡Güelo; vámonos, vámonos á tomá una copita que tó se arreglará, señó André. Confíe usté en mí que soy un hombre honrao y un buen padre de familia y...

AND. (Viendo al Juez.) ¡Er señó Juez! ¡Ahí viene! ¡Ahora veremos.

MIL. (¡Nos caímos!... ¡Adiós mis tres pesetas de propina!)

ESCENA III

DICHOS y el JUEZ, por la izquierda

AND. (Saliéndole al paso sombrero en mano.) ¡Gracia á Dió que lo veo á usté, señó Juez!

JUEZ (¡Demonio! ¡El padre de Carmela!) ¡Hola, Andrés! ¿Qué desea?

AND. Recibo del documento que presenté ayé.

JUEZ ¡Ah!... ¿La querella contra el hijo de don Santiago?... ¡Vamos, hombre, que cosas tiene usted!... Ese documento no puedo yo admitirlo.

AND. ¿Por qué?

JUEZ Porque es una majadería.

AND. ¿Eh?

JUEZ Sí, sí señor; una majadería. No ha habido rapto, ni violencia, ni nada. Ha sido una

locura de su hija de usted, que ha comprometido la paz de una respetable familia.

AND. ¡Señó Juez!

MIL. (¡Esto se pone feo!)

JUEZ Tonterías de esa índole no están penadas en el Código. Bastante ha hecho don Santiago castigando á su hijo y encerrándolo. Haga usté otro tanto con Carmela.

AND. ¿Pero es que no hay justicia en la tierra?

JUEZ Justicia hay, y yo soy aquí su representante.

AND. Es que...

JUEZ ¡Nada! Yo lo que puedo hacer en obsequio de usted es que el padre le entregue unos cuartos, pero á condición de que usted y su hija se marchen del pueblo firmando antes un documentito.

AND. ¡Señó Juez! ¡Eso es una infamia!

JUEZ ¡Basta!... ¡No le tolero á usted que me dé voces! ¡Ya una vez le perdoné, cuando amenazó de muerte á don Santiago, pero... como vuelva usted á insolentarse lo mando á la cárcel! ¡Hemos terminado!... ¡Guardia! ¡Acompáñeme usted!... (Se va hacia la derecha.)

MIL ¡A la orden de usía!... (¡Y no lleva miedo ni na er señó Juez! ¡Y eso que vive ahí enfrente!...) (Al ver que el Juez se vuelve para ver si le acompañan.) ¡A la orden de usia!... (Se va tras él por la derecha.)

ESCENA IV

ANDRÉS, á poco RICARDO

AND. ¡A la carse!... ¡A presidio es aónde me van á mí á llevá por arrancarle á arguno el corasón!

RIC. (Izquierda.) ¡Andrés!

AND. ¡Don Ricardo!

RIC. ¿Y su asunto?

AND. ¡Na! No me atienden. ¡No me quea más recurso que matá á uno!

RIC. ¡No!... ¡Eso nunca!

AND. ¡Eso siempre!... Y va á sé ar que engañó á mi hija, ese marvao sin entrañas y sin corazón.

RIC. ¡No es eso verdad, Andrés! Manolo adora á Carmen y muy pronto le dará á usted una gran prueba de la nobleza de sus sentimientos.

AND. ¿Muy pronto?

RIC. Sí, hoy mismo. ¡Honra por honra! El va á llegar al límite del sacrificio. Para ello cuenta conmigo y yo quiero saber si cuento con usted.

AND. ¡Don Ricardo! ¿Pero es verdá tó eso?

RIC. Verdad es, para fortuna de todos.

AND. ¡Gracias, señorito, gracias! ¡Digámelo tó, cuentémelo tó, que yo haré lo que usté me mande y yo besaré hasta er suelo que usté pise si sarva la honra de mi hija, que es mi honra!

RIC. Ya hablaremos de todo oportunamente. Pero ahora silencio.

AND. ¿Qué?

RIC. Espere un poco.

ESCENA V

DICHOS y MIL-HOMBRES, derecha

MIL. Güenos días, señorito.

RIC. ¿Hay razón?

MIL. Sí señó. Esto. (Saca una carta.) Una cartita.

RIC. ¡La esperaba! (La abre y lee con gran ansiedad.)

MIL. ¡Y si viera usté con qué fatigas y con qué disimulo me la dió!... ¡Pobre señorita! ¡Es muy güena!

RIC. (Leyendo.) «Ricardo mío: Te obedeceré en todo. A la hora que has dicho, mi hermano y yo huiremos de esta casa á buscar refugio en la del señor Andrés. Tuya, Rosa.» ¡Es un ángel!

MIL. ¿Está mala la señorita!

RIC. ¿Decía usted?

MIL. Na, que creí que... Porque como la señorita no me dijo na y me dijo que eso de la propina no era cosa de ella y que...

RIC. ¡Ah, sí! (Dándole unas monedas.) Tome usted, buen hombre, para una copa. ¡Vámonos, Andrés!

AND. ¿Aónde?

RIC. A su casa de usted para alegrarle el alma á Carmela, porque hoy es día de felicidad para todos. ¡Vamos! (Vanse izquierda.)

MIL. (Viendo lo que le han dado.) ¡Tres duros!... ¡Y ha dicho pa una copa!... ¡Mir copas van á caé, una pa cá uno de los «Mil-hombres» que llevo dentro!... ¡Olé ya!... (Vase cantando.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Gabinete en casa de don Santiago. A la derecha, balcón. Puertas laterales y al foro. Todos los huecos con cortinas blancas. Sillería antigua forrada. Cuadros diversos de asuntos religiosos. Una mesa á la izquierda con recado de escribir y papeles. Otra mesa «secretaire» al foro.

ESCENA PRIMERA

ROSA y MANOLO. La primera, con visible agitación, se pone una mantilla. Manolo, junto á la primera derecha, vigila por entre las cortinas

MAN. ¡Anda!... ¡Date prisa!

ROSA ¿No se le oye?

MAN. No. Debe estar en el despacho.

ROSA ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué irá á ocurrir cuando lo note?...

MAN. ¡Nada; no ocurrirá nada! Anímate y no tengas miedo, que mientras yo viva has de estar más respetá y más pura que la Virgen de los altares.

ROSA ¡Oh! ¡En cuanto á eso, Ricardo es un caballero digno de mí!

MAN. Y yo no fuí tan caballero con Carmela, porque er cariño nos cegó á los dos. Esto lo hacemos porque sí, porque es necesario, porque nuestra conciencia nos lo manda y porque somos, en fin, la rebeldía forzosa y justa. ¡Honra por honra!

ROSA ¿De modo que el plan...?

MAN. Huir de esta casa y después ir á la del señor Andrés pa decirle: «Yo fuí el ladrón de la tranquilidá y de la vergüenza de usté, que vengo á restituirle lo robao con mi nombre y mi vida por su hija; y entre tanto ahí se quea en garantía mi hermana Rosa, que es otro peazo de mi alma.» ¡Y yo te lo aseguro! Tú eres de oro toa entera y resultarás una buena fiadora de tu hermano.

ROSA Pues no hay que perder tiempo.
MAN. Vamos.
ROSA ¿Tienes la llave de la puerta del jardín?
MAN. Sí.
ROSA Entonces... (Dudando visiblemente.)
MAN. ¿Qué?... Pero, Rosa, ¿qué tienes?
ROSA Nada... Es que... ¡Mi casa, mi madre!... ¡Adiós para siempre!...
MAN. ¡No! ¡Pa siempre, no! Deja al tiempo hacer lo suyo y deja que esas puertas y esos balcones se abran pa que entre el sol y alumbre estos rincones oscuros. ¡No, adiós pa siempre, no! ¡Adiós y hasta luego! (Se dirige á su hermana y abrazándola se van por la izquierda.)

ESCENA II

A poco DON SANTIAGO, primera derecha

¡Nada!... Los números parece que se rebelan contra mí y que me miran con ojos de lobo, negándose á mis combinaciones... ¡Estos hijos!... (Mira izquierda.) Allí está como un preso, como un criminal... No sé yo si ha sido ó no delito el suyo, ni si debieran trocarse los papeles y ser yo el preso y él el carcelero... ¡Esta conciencia!... ¡Bah! ¡Preocupaciones y niñerías! Yo soy quien soy, el hombre fuerte y la voluntad de hierro, y el hierro ni se dobla ni se retuerce.

ESCENA III

DICHO y EUGENIA, por el foro. Viene de la calle bastante inquieta

EUG. ¡Santiago!
SANT. ¡Hola! ¡Buen rato de charla habéis echado!
EUG. No es para menos el asunto.
SANT. ¿Y qué opina el señor cura? ¿Acepta lo que hemos convenido?
EUG. Con cierta repugnancia, porque ya tú sabes lo que es... ¡No me gusta ese párroco! ¡Quie-

ro otro más dócil y es necesario que gestiones su traslado!

SANT. Pero, en suma, ¿qué?

EUG. Que con remilgos y escrúpulos de monja y después de insistir en que lo más derecho sería casar á Manolo con esa... desgraciada, por no decir otra cosa, me dijo que nos dejaba en libertad de acción.

SANT. ¿Y qué le pareció eso de casar á Carmela con un criado nuestro?

EUG. No le pareció muy bien, y hasta me dijo no sé qué cosas en latín.

SANT. ¿Resultado?...

EUG. ¡Allá ustedes!—exclamó.—Yo me lavo las manos en este asunto.—¡Te digo que es mucho señor cura el de este pueblo!

SANT. ¡La conciencia! ¿Pero será verdad que existe la conciencia?

EUG. ¡Bah! ¡Otros temores deben preocuparnos!

SANT. ¿Cuáles?

EUG. La actitud de esos desarrapados del campo y las rabietas de las mujeres.

SANT. ¡Ah, sí! ¿Continúan protestando por las exclusiones del padrón de pobres?

EUG. Sí. No quieren avenirse á razones y están que muerden.

SANT. ¡Dios nos libre de las mordeduras del pueblo!

EUG. Ahora, al venir á casa, he procurado rehuir el encuentro con esas gentuzas. Van yendo en grupos hacia las afueras.

SANT. ¿A las afueras dices?

EUG. Se conoce que tienen una gran reunión, un mitin, como dicen ellos... ¡Milagro será que el ingeniero no les suelte un discurso!

SANT. ¡Conque un mitin!... ¿Y esos son los temores á que te refieres?

EUG. ¡Hombre!... ¡Es para inquietarse! ¡Tú figúrate que esos estúpidos se deciden á hacer una barbaridad! ¿Con qué fuerza contamos?

SANT. ¡Con la fuerza pública!

EUG. ¡Sí! Una pareja solamente hay en el cuartel de la Guardia civil.

SANT. ¡Cómo! ¿Y los otros?

EUG. Han salido á servicios de carretera y concentración al pueblo inmediato, donde hay revista. ¡Ya, ya he procurado yo enterarme de todo eso!

SANT. ¡Dos guardías! Y ellos, los del campo, esa gente, ¿cuántos son?

EUG. ¡Uf! ¡Más de dos mil entre gañanes y mujerzuelas!

SANT. ¡Dos mil!... Bueno. No seamos pesimistas. Esa gente no se atreve conmigo y se humillarán una vez más.

EUG. ¿Y Manolo?

SANT. No sé. Hoy no lo he visto.

EUG. ¡Pobre hijo! ¿Y la niña estará con él, de seguro?

SANT. O en el jardín.

EUG. Allá dentro voy. Los dejaremos en paz. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IV

SANTIAGO y el JUEZ

SANT. ¡Sí, en paz! Para eso sería necesario que la paz existiera en esta casa.

JUEZ (Entrando precipitadamente por el foro, muy sofocado.) ¡Jesús! ¡Creí no encontrarte!

SANT. ¿Qué ocurre?

JUEZ ¡Una friolera! Que el pueblo entero, es decir, la clase baja del pueblo, está ahora reunida en el campo y... ¡yo no sé!...

SANT. Yo sí lo sé. Protestan contra el nuevo padrón de beneficencia y quieren que se modifique.

JUEZ ¿Y se modificará?

SANT. ¡No!

JUEZ ¡Mira, Santiago, que están muy exaltados!

SANT. No lo creas. Eso es un ir y venir de ovejas. El pueblo es un rebaño.

JUEZ Un rebaño de fieras cuando se enfurece.

SANT. ¡Bah! Dejemos eso y hablemos de nuestros asuntos.

JUEZ ¡Como quieras! (¡Vaya un hombre con serenidad y corazón!)
SANT. (¡Estoy temblando de terror!... ¡Ay de nosotros si se desborda el pueblo! Disimulemos.) ¿Has pensado algo?
JUEZ Lo que te dije. Para que el ingeniero y el señor Andrés levanten el vuelo, no hay más que dos resortes: la violencia y el dinero.
SANT. ¡Eso es muy expuesto!
JUEZ Pero muy práctico y muy de pueblo.

ESCENA V

DICHOS y una CRIADA, por el foro

CRIADA ¡Señorito! ¡Señorito¡
SANT. ¿Eh? ¿Qué quieres?
CRIADA ¡Que ahí están!
SANT. ¿Quienes?
CRIADA ¡Esos!
SANT. ¿Pero quienes son esos?
CRIADA ¡Los dos, los dos, señorito!
SANT. ¡Acabarás!
CRIADA Ese de la fábrica y el otro; el del cortijo.
SANT. ¿Cómo?
CRIADA Sí. Er señorito don Ricardo y er señó Andrés.
JUEZ ¡Ave María Purísima!
CRIADA ¡Eso dije yo al verlos!
JUEZ Diles que aquí no se les recibe.
SANT. ¡No! ¡Diles que entren!
CRIADA ¡Señorito!
JUEZ Pero repara que...
SANT. Te he dicho que les digas que entren.
JUEZ (¡Qué hombre! ¡Es un león!)
CRIADA (Haciendo mutis.) ¡Ay, Dios mío!
JUEZ ¡Qué cosas tienes, Santiago! ¿Los vas á recibir?
SANT. Sí, y solo. Sal; vete por la puerta de escape.
JUEZ Pero...
SANT. Vete, Miguel, vete. Luego vendrás.
JUEZ Bueno, hombre bueno. (¡Lo dicho, es un león!) (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VI

SANTIAGO, á poco RICARDO y ANDRÉS

SANT. Cuando no hay otro remedio, las batallas se dan cara á cara... Pero no hay que asustarse; el juez es mío; esta es mi casa, y por último, (Va al cajón del «secretaire» y saca un revólver.) aquí está esto con cinco balas... Y ahora... ¡que entren! (Aparecen por el foro Ricardo y Andrés.) ¡Adelante! No dirán ustedes que me niego á recibirlos, sólo, sin armas y á pecho descubierto. Siempre he procedido así en todas mis cosas.

RIC. Y no hace usted con eso nada extraordinario, porque no somos asesinos ni ladrones.

SANT. Bueno. Siéntense ustedes y hablemos. (Se sientan.)

RIC. Conste, don Santiago, que venimos en son de paz. Queremos iluminarle á usted, avisarle lealmente que en esta guerra lleva la peor parte y decirle que aquí, si usted transige, no habrá vencedores ni vencidos, sino padres, hijos y hermanos. Medítelo usted bien.

SANT. Ya, ya vengo meditando.

AND. (¡Muy sereno está! ¿No sabrá toavía que su hija está en mi casa?)

RIC. (¡Por lo visto!)

SANT. De manera que aquí son dos los pleitos que hay, ¿no es eso?

RIC. Así es.

SANT. Pues vamos á ventilar el de usted, señor ingeniero, y oiga mi última palabra. Mi hija no será nunca para usted. Por ese lado se acabó la cuestión.

RIC. Bien.

SANT. Y ahora vamos al asunto número dos.

RIC. (¡No sabe nada!)

AND. (¡Peor para él!)

SANT. La calaverada de mi hijo, yo la castigaré y la repararé con lo que se reparan esas cosas.

AND ¿Con qué?
SANT. Con dinero.
AND. (Levantándose.) ¡Señorito!
RIC. ¡Calma, Andrés!...
SANT. Sí, calma, mucha calma, que buena falta nos hace á todos.
AND. Ciertas cosas no pueden oirse con calma, señorito.
SANT. Pues esas son mis últimas palabras. (Se levanta. Los otros también.) Y ahora, señores, hagan lo que gusten. Yo á la paz contestaré con la paz, y á la guerra con la guerra. Quedo á la disposición de ustedes. (Los saluda y pretende marcharse.)
RIC. (Interponiéndose.) ¡Alto!
SANT. ¿Alto á mí y en mi casa?
RIC. ¡Sí! Alto á usted y en su casa, porque la razón nos asiste y tenemos en nuestro poder la fuerza y los rehenes. ¡Alto, don Santiago, alto!
SANT. (¡Qué dice este hombre!)
RIC. ¡Está usted perdido con la ley y sin la ley! O transige usted ó ocurre aquí un cataclismo.
SANT. ¿Me amenaza usted?
RIC. Sí. Lo amenazo á usted y lo acorralo, á pecho descubierto, como usted dice,
SANT. ¡Oh! ¡Me insulta usted! ¡Basta! Ahora veremos. (Al intentar buscar el revólver, oye la voz de Eugenia.)
EUG. (Dentro.) ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Nuestros hijos!... ¿Dónde están!... (Sale como loca por la segunda izquierda, recorre la escena, sin ver á nadie, gritando y llamando en todas las puertas.) ¡Rosa! ¡Hija mía!... ¡Manolo!... ¡Rosa! .. ¡Rosa!... ¡No están!... ¡Han huído!...
SANT. ¡Eugenia! ¿Qué dices?
AND. (¡Estalló la nube!)
SANT. (Sacudiéndola para que vuelva á la realidad.) ¡Eugenia!
EUG. ¡Tú!... (Viendo á los otros.) ¡Ah!... ¡Ellos! ¡Los ladrones! ¡¡Ellos han sido!!
AND. ¡Sí! ¡Nosotros hemos sío, señorita! ¡A mí me

robaron una hija, y yo le robo á usted la suya! En mi casa está, pero con más suerte que mi Carmeliya de mi arma que perdió su honra, mientras que la señorita Rosa sigue como er só, y más pura que los claveles de primavera. Pero allí está, robá ó como sea; y er que tenga corazón pa dí por ella, que vaya, porque á ese... ¡á ese lo mato yo!...

SANT. ¡Ah, canallas! (Apuntándole con el revólver.)

AND. ¡Tire usté, tire usté sin mieo y así acabaremos más pronto!

SANT. (Vacilando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

RIC. ¡Eso dijo San Pablo al ser herido por el rayo del cielo, que le cegó primero y que iluminó después su alma de apóstata!

SANT. ¡Sí!... ¡El rayo de luz!... Pero... ¿dónde? ¿dónde está, para que me ilumine aunque me ciegue? (En este momento, y con gran oportunidad, se oye muy claro, aunque lejano, el «¡muera!» de una multitud tumultuosa. Ese grito largo y prolongado deja inmóviles y sorprendidos á todos los personajes. Inmediatamente se oye otra voz que dice: «¡Mueran los tiranos del pueblo!» y el estentóreo clamor de una multitud que repite: «¡Mueran!»)

AND. ¡El pueblo que ruge!

SANT. (Inmóvil por el espanto,) ¿Qué es eso?

RIC. ¡El rayo de luz!

Música

CORO (Dentro.)

Hijos del pueblo, os oprimen tiranos,
pronto á la lucha social acudid,
y en la defensa de nuestros hermanos
expongamos la vida
prefiriendo morir.

(Prosigue el diálogo en escena.)

SANT ¿Qué himno es ese?

RIC. ¡El de los hombres libres!

CORO (Dentro.) ¡Viva la libertad!... ¡Viva!

(Cantando.)

¡Abajo los que al pueblo
intentan explotar,
y caigan al empuje
del odio popular.

(Se oyen más cerca los vivas y mueras y el tumulto exterior toma imponentes caracteres. Prosigue el diálogo.)

EUG. (Aterrada.) ¡Oh!... ¡Van á asaltar la casa!

SANT. ¡Esa es vuestra obra! ¡La sedición y el crimen!

RIC. ¡No!... Es la obra vuestra, la de los que quieren interrumpir la marcha del progreso y de la humanidad!

VOCES (Dentro, cerca.) ¡Mueran los traidores! ¡Mueran! (Se oyen golpes y dos ó tres disparos.)

EUG. (Aterrada y arrodillándose.) ¡Jesús!... ¡Dios nos asista!

SANT. (Se asoma un momento al balcón y retrocede con horror.) ¡Estamos perdidos!... ¡Quieren derribar las puertas! (Presa de un terror indecible corre hacia la segunda izquierda y allí se apoya cubriéndose el rostro con las manos.)

CORO (Cantando, dentro.)

Guerra al burgués,
guerra al traidor
y al interés
del explotador.
¡Guerra, guerra, guerra!
¡Luchemos con ardor!

(Prosigue el diálogo en escena.)

ESCENA VII

DICHOS y el JUEZ, segunda izquierda

JUEZ ¡Sálvense, señores!... ¡La resistencia es imposible! ¡Huid por el jardín, que las turbas piden sangre y ya se han apoderado del alcalde y lo quieren arrastrar!

(Crecen los rumores.)

VOCES ¡Muera el alcalde!... ¡Muera!

RIC. (En un arranque.) ¡Oh, no! ¡Criminales, no!... (Corre al balcón seguido de Andrés, y desde allí habla al exterior en voz alta.) ¡Hijos del pueblo! ¡Amigos míos!

VOCES ¡El ingeniero! ¡Viva el ingeniero!...

RIC. ¡Cesad en vuestra obra destructora y no

manchad vuestras manos de sangre!... ¡Revolucionarios, sí; pero asesinos, no!... Hoy es día de justicia para todos y vuestras quejas serán atendidas .. ¡Disolveos! ¡Idos, que la paz está hecha! ¡Yo os lo afirmo!.. ¡Creedme ahora como siempre!... ¡Hijos del pueblo! ¡Viva la libertad!...

VOCES — ¡¡¡Viva!!!

(Se alejan las supuestas turbas y se pierden las voces. La orquesta cesa.)

EUG. — (Temblando aún y á Ricardo.) ¡Usted nos salva! ¡Oh! ¡Gracias, don Ricardo!

RIC. — (A Santiago.) Y ahora, ¿quiere usted el odio ó el amor, la paz ó la guerra?

SANT. — ¡La paz, sí! ¡La paz y el amor de todos! ¡A mis brazos, Andrés, y usted, don Ricardo!!.. ¡Llamad á mis hijos y que vengan aquí á compartir nuestra dicha!

AND. — ¡Por fin ha visto usté claro, señorito!

RIC. — ¡Es tan intensa y tan hermosa la luz de la verdad!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON MATÍAS, conducido por tres ó cuatro Mozos en una silla. Trae las ropas en completo desorden, ensangrentadas las manos y la cara y entrapajada con vendas la cabeza

MAT. — (En tono lastimoso, cómicamente.) ¡Ay, Zantiago! ¡Mira cómo me han puesto por zer un arcarde rearcionario!... ¡Pero ya no más, ya no más, porque desde mañana abro otra vez er centro y me paso á los republicanos!

RIC. — ¡Enhorabuena, amigo mío, porque ese, ese sería el gran paso! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras del mismo autor

Vida nueva, comedia en un acto, original y en prosa.

Los parrales, zarzuela en un acto y tres cuadros, original y en prosa, con música del maestro Saco del Valle.

El gran paso, comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa, con música del maestro Castilla.

Precio: UNA peseta